

RELATOS

PREMIADOS

I CONCURSO SOBRE LITERATURA NARRATIVA CIENTÍFICA



Departamento de Cultura Científica - Centro de Biología Molecular Severo Ochoa

Comité Organizador:

José A. López Guerrero

Almudena Hernando

Elena Campos

MIEMBROS DEL JURADO

◉ DR. CÉSAR COBALEDA

Científico Titular del CSIC

Jefe de Línea del Departamento de Desarrollo y Diferenciación

◉ DR. JOSÉ FÉLIX DE CELIS

Profesor de Investigación del CSIC

Vicedirector del CBMSO

◉ DR. CESAR DE HARO

Investigador científico del CSIC

Director del Instituto de Biología Molecular "Eladio Viñuela"

◉ DR. JOSÉ ANTONIO LÓPEZ

Profesor Titular de la UAM

Director del Dpto. de Cultura Científica del CBMSO

◉ DR. JUAN MODELELL

Profesor Vinculado Ad Honorem del CSIC

Premio Nacional de Investigación Científica y Técnica, 2006



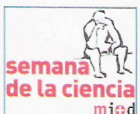
NOTA DEL JURADO

Tras el fallo del jurado y la publicación del acta, los miembros del jurado quieren hacer constar que los aspectos principalmente evaluados en este concurso han sido literarios, originalidad, descriptiva y narrativa.

Tanto el jurado como el *CBMSO* no entran en la valoración de la exactitud o rigor científico de los manuscritos.



ACTA DEL JURADO



ACTA DEL JURADO DEL PRIMER CONCURSO "Escribe Con-Ciencia" ORGANIZADO POR EL DEPARTAMENTO DE CULTURA CIENTIFICA DEL CENTRO DE BIOLOGIA MOLECULAR SEVERO OCHOA

Reunido en Madrid el Jurado del "I Concurso de Literatura Narrativa Científica"-
"Escribe Con-Ciencia", formado por:

DR. CÉSAR COBALEDA

Científico Titular del CSIC
Jefe de línea del Departamento de Desarrollo y Diferenciación

DR. JOSÉ FÉLIX DE CELIS

Profesor de Investigación del CSIC
Vicedirector del CBMSO

DR. CESAR DE HARO

Profesor de Investigación del CSIC
Director del Instituto de Biología Molecular "Eladio Viñuela"

DR. JOSÉ ANTONIO LÓPEZ GUERRERO

Profesor Titular de la UAM
Director del Dpto. de Cultura Científica del CBMSO

DR. JUAN MODOLELL

Profesor Vinculado Ad Honorem del CSIC
Premio Nacional de Investigación Científica y Técnica, 2006

Una vez examinados todos los relatos presentados, y realizadas todas las deliberaciones y votaciones oportunas, acuerdan conceder los siguientes premios:

PRIMER PREMIO

ANA SÁNCHEZ ZURANO

I.E.S. Albujaire (Huércal-Overa, Almería)
"El eterno dilema de la Ciencia"

SEGUNDO PREMIO

DANIEL BERLANGA MANZANO

I.E.S. Jaime Ferrán Clúa (San Fernando de Henares, Madrid)
"Seguía sentado allí"

TERCER PREMIO

ALEJANDRO FERNÁNDEZ LÓPEZ

Colegio Salesiano Santo Domingo Sabio (Madrid)
"Espacio para los átomos, no para el azar"

Igualmente, acuerdan nombrar finalistas a los trabajos presentados por: **JUAN DIEGO AGUILERA MARTÍN** del I.E.S. Aldebarán (Alcobendas, Madrid), con el relato: "Una llamada inesperada" y a **ENRIQUE ASENJO GALINDO** del Colegio Salesiano Santo Domingo Sabio (Madrid), con el relato: "Ausencia del exterior".

Firmado en Madrid, a 24 de octubre de 2011

PRIMER PREMIO

**ANA
SÁNCHEZ ZURANO**

"El eterno dilema de la Ciencia"

I.E.S. Albujaire (Huércal-Overa, Almería)



EL ETERNO DILEMA DE LA CIENCIA

Ana Sánchez Zurano

I.E.S. Albujaira (Huércal-Overa, Almería)

Ya ha pasado casi una hora, estará lista para seguir, pensé mientras buscaba el fenol. El señor Guzmán dijo que lo había guardado en la segunda estantería a la derecha, junto al acetato de sodio, pero no estaba allí, quizás lo haya vuelto a usar, creo que guarda otro en el cajoncito de la mesa 15, rebusqué entre la multitud de artilugios casi innumerables que se empujaban unos a otros en aquel minúsculo escondite, quien sabe, quizás algún día volverían a ver la luz, ajá, aquí estás. Estaba a punto de colocarme el segundo guante para seguir con la preparación cuando escuché unos pasos que se dirigían hacia el laboratorio.

-Buenos días Clara, umm... Veo que te sigue dando problemas la pequeña Escherichia coli...

-Hola señor Guzmán, estaba a punto de empezar, he pensado en volver a extraer el ADN, quizás haya dejado pasar algún detalle.

-Tómame tu tiempo, quería hablar contigo, acabo de terminar de leer tu proyecto acerca de las enfermedades tropicales y es...maravilloso, un enfoque totalmente único, estoy seguro que el premio será para ti.

-Gracias, pero son muchos los candidatos presentados, y casi todos procedentes de las mejores universidades... de todas formas, gracias por su ánimo.- La alarma del móvil sonó inundando aquella aula de grandes dimensiones, parecía como si hubiera despertado al viejo profesor de sus pensamientos.-Lo siento, debo marcharme, tengo una entrevista a la que no debo faltar. Mañana seguiré con la bacteria.

-Buena suerte Clara.- Respondió Mateo esbozando una pequeña sonrisa que dejaba entrever unas arrugas marcadas, cansadas, que desde hacía más de treinta años se habían formado gracias al amor que sentían por su trabajo. Al cerrar la puerta de aquella aula sentí los ojos del profesor clavados en mis pasos.

Mientras caminaba hacia El Royal Café no dejaba de pensar en aquel extraño hombre, era alto, larguirucho, de nariz aguileña y sus cejas algo gruesas, había aparecido una semana atrás en el laboratorio, *tengo que hablar con usted señorita Núñez, dijo mientras me tendía un sobre con una dirección y un número de teléfono, somos conscientes de sus habilidades, de sus proyectos realizados y de su expediente perfecto, por favor, reúname conmigo, mi empresa necesita jóvenes como usted, tendrá usted un futuro brillante.* Tomé la avenida Carlos II y giré a la izquierda, era ensordecedor el ronroneo de los motores a esa hora de la mañana, ya echaba de menos el laboratorio, la tranquilidad que proporcionan los pequeños organismos, *ya falta poco, pensé.*

Sentado en la penúltima mesa de la terraza, aquel extraño hombre, Ivory, deslizaba uno de sus dedos por las gafas para ponerlas en el lugar correcto, mientras tanto, hojeaba sin prestar demasiada atención un periódico, de repente, al verme llegar, se levantó y con un pequeño gesto de manos me invitó a acercarme.

-Buenos días Clara, pensé que no vendría-. Mientras estrujaba la mano de aquel señor, sentí una oleada de fría brisa que me hizo estremecerme, su mano era huesuda, y las venas, azules, recorrían cada uno de sus dedos.

-Disculpe el retraso, no recordaba bien este lugar y...bueno, Ivory, por favor, dígame el motivo de este encuentro, la semana pasada apenas me dio detalles.- Nos sentamos y pedimos un par de cafés, cuando llegaron Ivory miró decididamente mis ojos y comenzó a hablar.

-Clara, quiero ser sincero con usted, soy el director de una empresa dedicada a la investigación genética que tiene sedes en numerosos países europeos, mi labor aquí, en España, es atraer a jóvenes talentos, brindarles la oportunidad de progresar en un campo que hoy en día apenas es reconocido por nuestra sociedad. Nosotros prevenimos enfermedades, ayudamos a familias que quieren lo mejor para sus hijos, vemos más allá del presente, es decir, creemos en el futuro y sus avances. -Ivory se detuvo un segundo, dio un sorbo a su café y prosiguió.- Clara, usted está a punto de terminar su doctorado, hace apenas tres años se licenció en biotecnología y biología molecular, su paso por la universidad ha sido brillante y estoy seguro que disfruta con sus estudios, pero, ¿Qué va a hacer cuando termine? Yo le propongo una gran opción, su labor sería fácil y además, tendría la oportunidad de viajar y conocer a los mejores profesionales...

-Pero, no me ha dicho cual sería exactamente mi labor

-Oh, querida...disculpe mis modales, uno ya se hace mayor. Como sabrá, incluso gracias a las avanzadas tecnologías de las que disponemos hoy, todavía existen grandes desgracias, que hasta hace apenas unos años eran inevitables, pero ahora no, nosotros ayudamos a aquellas parejas que quieren ser padres, y les ayudamos a que sus hijos sean como siempre han soñado, les damos lo necesario para que sean felices.

-¿Está usted hablando de usar la manipulación genética para hacer bebés a la carta?- No podía creer el verdadero significado de sus palabras, lo que se escondía tras ellas, crear seres perfectos, quizás jugadores de rugby, hermosos modelos, astronautas fornidos y resistentes...

-Clara, no lo vea de esa manera, es una forma de hacer felices a muchas parejas, serían niños sanos y si además pueden vivir sin tener ningún tipo de complejo, sería maravilloso, ¿no cree usted? Estoy seguro que todas las madres sueñan con que sus hijos hereden lo mejor de cada progenitor, en cambio, la recombinación de los cromosomas juega a veces malas pasadas, nosotros conseguimos que esto deje de ocurrir.- Apenas podía articular palabra, mi mente estaba nublada, imaginando aquellos niños, rubitos y sonrojados.- No le

pido que tome una decisión ahora, mire éste sería su sueldo- Ivory tendió sobre la mesa un cheque, con una cantidad con la que una familia podría pasar muy desahogadamente.

-Es bastante dinero al mes- Reconocí sin poder creer que fuera yo la que estaba hablando.

Sonrió Ivory dejando entrever unos dientes perfectamente alineados y simplemente añadió- A la semana.

-Lo siento, pero debo marcharme, no creo que esto sea para mí y...

-No tome una decisión precipitada, piénselo, imagine la vida que llevaría, y por favor piense con la razón y no se deje llevar por los sentimientos, son malos consejeros, la espero aquí dentro de una semana, a la misma hora. Ha sido un placer conocerla.- Mientras abandonaba aquel lugar sentía mi vergüenza resbalarse por el suelo.

Habían pasado tres días desde la conversación que tuve con Ivory, intenté no pensar en ella en ese tiempo, todavía me sentían algo confusa y dolida por aquella proposición, pero sin embargo una parte de mí se sumergía en las posibilidades de las que él me había hablado, era todo lo que había soñado en mis años de carrera, trabajar en laboratorios equipados con los mejores materiales, viajar y conocer la forma de investigar que existe fuera de España, aprender de los mejores...pero el precio a pagar era tan alto, que me sentía mal solamente pensándolo. *Clara, ¿qué estás haciendo? ¿Qué pensaría tu abuelo de ti?, ¿acaso fue eso lo que te enseñó?* Oh, el abuelo, aquel viejecito glotón y tan sabio, aquel que te enseñó a amar la ciencia, aquel que disfrutaba mostrándote las curiosidades de las mimosas o de las plantas carnívoras, aquel por el que elegías siempre alguna optativa sobre el medio ambiente, aquel al que le prometiste que serías una trabajadora y honesta científica. Y así, sumida en recuerdos del pasado, intentando apartar de mi mente esa cita y dándole los últimos retoque al doctorado llegó el martes, y con él una conversación inevitable.

-Y bien Clara, ¿cuál es tu decisión?- Ivory puso sobre la mesa un documento de apenas unas hojas, después de mirar por encima sus extensos puntos, topé con la mirada en el último en el que simplemente decía: FIRMA. Todavía no sé porque lo hice, quizás no deseaba saberlo y por eso mi mente lo ha borrado, pero, después de un largo suspirar firmé. *Clara, mi querida nietecita, recuerdas cuanto te enfadabas cuando hacía trampas en el ajedrez, ¿por qué las haces tú ahora?* Y simplemente hice mil trozos con aquellos papeles y sin decir una palabra abandoné aquel lugar.

Un mes después.

-Clara, cariño, ha llegado este sobre para ti. -Mamá recorría el enorme salón hasta llegar a la chimenea, donde estaba leyendo un libro, sonrió y me tendió aquel sobre.

-Gracias.- Remitente: Universidad de Zúrich.

Señorita Núñez:

Después de varios meses recibiendo cientos de proyectos relacionados con las enfermedades tropicales, decidiendo cuál de ellos encajaba mejor con la campaña que queremos realizar y la enorme difusión que tendrá, creemos conveniente que el suyo es el que mejor encaja con el perfil que buscábamos, por ello, le hacemos entrega de la cantidad destinada al ganador del concurso y le queremos brindar la oportunidad de viajar a nuestra universidad y proponerle que colabore con nosotros para desarrollar la campaña. En unos días el rector de la universidad se pondrá en contacto con usted. Nuestras felicitaciones.

Junto con la carta, venían adjuntos un cheque y una tarjeta con el nombre y el número de teléfono del rector de la universidad. Parpadeé un par de veces y sonreí al darme cuenta que ya había decidido que quería hacer con mi vida y con ese dinero. Y entonces recordé algo, un viaje que realicé con mis padres hace casi veinte años. Viajamos durante diez días a Tanzania, mi padre, un amante de los gorilas, quería cumplir su sueño de fotógrafo poder realizar cientos de fotos a aquellos magníficos primates, por lo que mi madre y yo, quienes disfrutamos de una belleza incalculable en aquellas selvas, tuvimos que sufrir las picaduras de más de un mosquito. Un día mientras caminábamos por un sendero para llegar al lago Manyara, del cual mi padre había dicho que veríamos cubierto de hermosos flamencos, puesto que en verano, cuando el agua se evapora y los minerales volcánicos se concentran, toma un color exquisito que atrae a estos maravillosos animalitos que se alimentan de sus algas, vi a un niño de mi edad, su mano bastante más tostada que la mía, me tendió una flor. Yo, feliz por su gesto quise acercarme a cogerla, pero mi padre me retuvo, me cogió en sus brazos y me susurró que lo sentía. Pasaron años hasta que comprendí que mi padre me apartó de aquel niño por miedo, por miedo de que yo me contagiara igual que él, porque ese niño tenía su destino escrito en las heridas de su piel, en las heridas que la lepra le marcaba cada día. *Eso es lo que haré. Un lugar donde las personas puedan informarse, preguntar y obtener respuestas, saber los riesgos y las opciones que tienen, donde los profesionales puedan investigar, ayudar, un lugar que pueda evitar que existan más niños tostaditos con heridas en la piel.*

SEGUNDO PREMIO

DANIEL
BERLANGA MANZANO

"Seguía sentado allí"

I.E.S. Jaime Ferrán Clúa (San Fernando de Henares, Madrid)



SEGUÍA SENTADO ALLÍ

Daniel Berlanga Manzano

I.E.S. Jaime Ferrán Clúa (San Fernando de Henares, Madrid)

Seguía sentado allí, en aquella destartada habitación anexa a la estructura que captaba la atención de cualquier curioso que posara su vista sobre ella. Su concavidad fusionaba la más vanguardista arquitectura con las elegantes siluetas de una esfera que había sido deformada y segmentada con el fin de proporcionar las óptimas cualidades físicas para llevar a cabo su cometido: enviar y recibir señales electromagnéticas.

Allí dentro, de repente, el ordenador central de la sala ejecutó un aviso. A primera vista, Óscar pensó que se trataba de un error. Llevaba seis meses encerrado durante ocho horas cada día visualizando una pantalla en la que nunca aparecía nada fuera de lo común. Solo faltaban siete días para que su beca finalizara, y por lo tanto, esta era su última semana en el radiotelescopio. Tenía tan poca fe en que el ordenador fuera a avisarle de algo extraordinario que días atrás había empezado a recoger sus cosas y a buscar nuevos trabajos en su tiempo libre. Ya quedaba lejos aquella época en la que llegaba emocionado al control de seguridad para acceder a las instalaciones, aquella en la que soñaba con recibir alguna señal que le catapultara a los libros de texto de todos los países del mundo. Pero aquella sensación casi olvidada se apoderó otra vez de él.

Su carácter científico, forjado entre las paredes de su facultad a lo largo de los casi siete años que pasó en ella, le empujaba hacia el escepticismo, mientras que su conciencia le atormentaba con dos simples palabras. *Lo conseguiste*. Pero seguía pensando que no había podido ser tan fácil conseguirlo. No debía ser tan sencillo recibir señales provenientes de seres extraterrestres.

Habían pasado muchos años desde que en 1977, Jerry R. Ehman hubiera descubierto una señal de radio con una duración de setenta y dos segundos provenientes de la lejana constelación de Sagitario en la impresión de papel continuo con los datos del radiotelescopio de la universidad de Ohio que estudiaba. Fue allí donde escribió una interjección, Wow!, que daría nombre a aquella señal. Pero Óscar no creía que su descubrimiento iba a tener el mismo futuro que la señal Wow! El campo de la astrofísica aplicada a la búsqueda de comunicación extraterrestre había avanzado mucho en los

últimos treinta años, en la actualidad se destinaban cientos de millones de euros a la causa, y se habían dejado claras las hipótesis de la causa de la señal Wow!

Ahora solo cabía esperar a que Óscar contrastara que no había ocurrido ningún acontecimiento astronómico de enorme potencia durante los ciento sesenta y un segundos que duraba la señal ni que durante esos casi tres minutos interminables algún trozo de basura espacial hubiera podido pasar justo por el lugar donde apuntaba su radiotelescopio, reflejando alguna señal que vagara por la inmensidad de la atmósfera. Para ello, entro en la ultrarestringida base de datos de la NASA con el fin de no encontrar nada, una paradoja que le haría pasar a la historia si se cumpliera. Y así fue, no había ocurrido nada que pudiera afectar a ningún radiotelescopio situado en esa zona del globo.

Óscar recapacitó un momento sobre lo que había ocurrido. Su descubrimiento iba a revolucionar la vida en el planeta, la concepción del mundo en sí. Ya no estábamos solos en el universo. Pensó en las repercusiones éticas que podría traer su hallazgo: la caída de algunos de los dogmas religiosos más importantes, la idea de entes distintos a todo lo que habíamos visto pero capaces de comunicarse con nosotros...

Acto seguido, comenzó a pensar quién iba a ser la primera persona que recibiera la noticia de su experimento. Quizás su padre, el causante de que Óscar se hubiera encaminado por el mundo de la astrofísica. Quizás se pondría en contacto con la directora de la décima división de la Unión Astronómica Internacional, responsable de todos los temas relacionados con la radioastronomía de dicha organización mundial. Quizás llamaría a la Secretaría de Estado de Investigación, donde le asesorarían sobre lo que podría hacer. Pero no hizo falta que siguiera pensando. Su teléfono móvil empezó a sonar.

Howard C. Johnson se dirigía tranquilamente a su despacho en Mountain View, California, admirando la paz que se respiraba paradójicamente en aquel polígono industrial. *Tan poco aprecio nos tienen que nuestras oficinas centrales están en un simple polígono industrial*, pensó. Pero justo cuando estaba entrando a su oficina, su secretaria le paró. “Han llamado de la NASA. Alguien ha entrado en su base de datos con intención de buscar posibles fenómenos extraordinarios o restos de basura espacial. Sospechan que es un código K”. Su secretaria, Linda, desconocía por completo que era el código K, pero supo que su jefe sí lo sabía cuando su expresión cambió por completo. “También me han

facilitado unas coordenadas”, añadió Linda. Cogió el papel que minutos atrás había escrito y se lo dio a su jefe.

Howard entró en su despacho e introdujo las coordenadas rápidamente en su ordenador. *40°31'28.56"N 3°05'12.93"W. Eso no es en Estados Unidos.* La pesadilla del director del SETI se había convertido en realidad. Howard llevaba cinco años en el cargo. Encabezaba una de las organizaciones gubernamentales más criticadas de los Estados Unidos, debido a su alto presupuesto y a que llevaba treinta años sin dar ningún resultado. *Y ahora encima el primero es un español.* Las coordenadas le habían devuelto la imagen por satélite de un modesto radiotelescopio en Guadalajara. *Llevamos treinta años gastando cientos de millones para que un estudiante con su tesis nos gane.* Eso iba a ser un varapalo para la ciencia estadounidense. Tenía que pararlo como fuera.

Óscar observó detenidamente el número que aparecía en la pequeña pantalla de su móvil. *Tiene demasiados números.* Cuando Óscar cogió el teléfono, una voz áspera y con un marcado acento estadounidense sonó por el auricular. La madre de Howard descendía de una familia mexicana que se había instalado en California en 1849, y sus antepasados siempre habían procurado que sus descendientes hablaran fluidamente español. “Buenos días. ¿Con quién tengo el placer de hablar?”, dijo Howard.

“Soy Óscar Martín, director de investigación del radiotelescopio de Yebes” respondió Óscar. Cuando miró por la ventana y observó la magnífica luna llena que iluminaba la noche, llegó a la conclusión de que su interlocutor hablaba desde alguna zona de América.

“Le llamo del SETI. Hemos interceptado una búsqueda sospechosa con el fin de determinar algún error en la recepción de señales electromagnéticas en su radiotelescopio. Creemos que al ser usted el director de investigación, estará al corriente de esta búsqueda”. En realidad Óscar no era el director de investigación. No existía tal cargo. Era simplemente la única persona que se dedicaba a la investigación de comunicación extraterrestre en esas instalaciones. Pero algo le resultó extraño a Óscar. La persona que había contactado con él había dicho “búsqueda sospechosa”. De repente, cayó en la cuenta de algo. *Quieren mi trabajo. No pueden permitirse que yo sea el primero.* Acto seguido, colgó el teléfono y se dirigió hacia la esquina derecha de la habitación para arrancar el cable de conexión a Internet. *Me podrían borrar los datos a través de la red.* Pero en el tiempo en el que mediante sinapsis químicas entre neuronas pensaba esto, todo su trabajo había sido enviado

a través de miles de kilómetros de cables submarinos a algún servidor en medio de algún desértico estado estadounidense cuyo nombre empezara con A. *Arkansas, Arizona, quién sabe.*

Antes de que Howard hubiese realizado la costosa pero necesaria llamada internacional, se había puesto en contacto con un aclamado informático que se encargaba de encriptar informaciones en la sala que se situaba justo debajo de su oficina. “Necesito que trasvases toda la información de un ordenador y no dejes rastro alguno. ¿Es eso posible?”, le comentó Howard al informático. No hizo falta ninguna respuesta, ya que la cara de este esbozó una ligera sonrisa. *Es como quitarle un caramelo a un niño.*

Después había recapacitado sobre que iba a hacer con esos datos. Publicarlos como suyos podría ser un grave problema, por lo que la única solución que le quedaba era destruirlos. *Un pequeño paso de su carrera, un gran paso hacia atrás para la humanidad.*

La frustración le hizo caerse al suelo mientras algunas lágrimas se deslizaban sobre su cansado rostro. Óscar contempló como el escritorio de su ordenador se asemejaba al de uno recién comprado. *Únicamente ha sobrevivido la papelera de reciclaje.* Pero un haz de luz pareció iluminar su pesimismo. Recordó que su primo, el cual vivía en los Estados Unidos después de haberse ido a estudiar allí, era informático. Cogió su teléfono móvil, al que le estaba dando una noche frenética, y escrudiñó su lista de contactos con fin de encontrar el número de su primo. *¿Por qué le llamarían Víctor y no Alejandro?*, pensó al encontrarlo al final de la lista.

Víctor llevaba una mañana muy ajetreada. Llevaba tecleando sin parar desde hacía treinta minutos. *No todos los días tengo esta oportunidad de impresionarle.* Media hora atrás su jefe había bajado de su despacho para encargarle una tarea. *Fácil a primera vista.* Poco tiempo después se había dado cuenta de la dificultad de su tarea, no por su realización sino por las herramientas que poseía para llevarla a cabo.

Cuando se disponía a finalizar uno de los pasos del encargo, su móvil empezó a sonar. *¿Acaso no sabe mi primo que estoy trabajando?* Pensó que debía ser algo importante. “Hola Óscar”

“Hola Víctor, necesito saber si podrías hacer una cosa para mí”, contestó Óscar.

“¿De qué asunto se trataría?”, preguntó Víctor, al notar la preocupación que transmitía el tono de voz de su primo.

“He sido objeto de un ataque informático y necesito recuperar la información de mi ordenador”, resumió Óscar.

“De acuerdo. No estoy seguro de que pueda finalmente recuperar toda tu información, pero de todas formas necesito tu IP”, contestó Víctor, mientras pensaba cuando iba a llevar a cabo semejante tarea en el caos que tenía esa mañana.

“Espera un momento. Es 172.17.1.0.”, Óscar añadió.

A primera vista, lo primero que pensó Víctor es que esa dirección pertenecía a la clase B, empleadas por grandes compañías y universidades u organismos afines. Pero después su corazón se paralizó. La IP que Óscar le había dado era la misma que la que su jefe le había proporcionado media hora atrás. *He estado atacando a mi primo y ahora este me pide ayuda.* Al verse en una encrucijada moral, la primera respuesta de Víctor fue colgar el teléfono.

No sabía qué hacer. Podía traicionar a su jefe a favor de su familia. Podía decirle a su primo que no lo había podido conseguir y así matar dos pájaros de un tiro. Pero su conciencia le presionaba y controlaba como a una marioneta. Se armó de valor y volvió a coger su teléfono, dándole al botón de rellamada. “Espero que sea importante lo que traes entre manos, porque estoy a punto de perder mi trabajo”

“Perderás un trabajo, pero si lo consigues pasarás a la historia” dijo Óscar, mientras una sonrisa iluminaba su cara. Había recordado que su primo trabajaba en el SETI, y su respuesta le había delatado. Era él el que lo había borrado. El único que sabía dónde estaba ahora.

“¿Tan importante es esto?”, pregunto Víctor.

“Más que todo lo que te puedas imaginar”

TERCER PREMIO

ALEJANDRO
FERNÁNDEZ LÓPEZ

“Espacio para los átomos, no para el azar”

Colegio Salesiano Santo Domingo Sabio (Madrid)



ESPACIO PARA LOS ÁTOMOS, NO PARA EL AZAR

Alejandro Fernández López

Colegio Salesiano Santo Domingo Sabio (Madrid)

Hablaban a veces de un matemático ruso que vivía en Quebec y que, en su tiempo libre, llevaba a cabo un importante estudio matemático cuya demostración se encontraba en su acuario, en que los peces siempre siguen la misma trayectoria, siempre que la temperatura sea la misma y los peces no cambien. Se hablaba de que para demostrar un estudio como aquel, antes que demostrar que los peces siguen la misma trayectoria, primero había que demostrar que los peces existían.

Con ejemplos así le explicaron sus padres el funcionamiento de la ciencia. Antes de demostrar que las olas del mar son un movimiento ondulatorio, tienes que demostrar que el mar existe. Quizá el asunto no fuese tan estricto, pero le educaron para serlo y así poder optar a lo más alto en su trayectoria profesional. El problema llegó cuando se dieron cuenta de que tanta rigurosidad no sólo había ocupado el campo de lo que le llevaría a la cima, sino que había acaparado el resto de los campos, aquellos que le buscarían la ruina. Como persona resultó ser brillante en los estudios y en el trabajo, como era de esperar, pero en lo demás, el hecho de ser un desastre, le traía de cabeza y cada vez con más quebraderos. Se suponía que todo estaba ordenado, o preparado, o justificado. Para todo existía una explicación, y por ello, si se era lo bastante bueno, también una predicción. Desde que empezó a tener uso de razón, siempre consideró como cierta la teoría de que todo estaba predestinado, pero no porque un dios inteligente lo hubiera predispuesto, sino porque así lo iba a encauzar el conjunto de leyes físicas que el hombre no inventó, sino descubrió. Él pensaba que las cosas tenían que suceder de una forma exacta porque así lo quería la ciencia. Lo pensaba a todas horas. Si esta taza está caliente, dentro de un rato estará fría, a no ser que yo haga algo para mantenerla caliente; sin embargo, el conjunto de reacciones químicas que se darán hoy en mi cerebro hará que no me apetezca mantener caliente esa taza o que no encuentre motivos suficientes para hacerlo, así que lo más probable es que se acabe enfriando, ya que hoy el cielo está nublado y no entrará el sol por la ventana. Además, el ángulo de incisión sólo serviría para mantenerla al sol entre las 13:45 y las

17:38, por lo que podría alcanzar los 38° C, pero eso ya significaría frío, ya que ahora, con el café dentro, se encuentra a 65° C. Irremediablemente, la taza se enfriará.

Puede parecer algo banal cuando se aplica a una taza de té, pero si aplicamos la teoría de la predestinación física a ámbitos más importantes de la vida del hombre, llega a ser abrumador.

Cuando su padre hacía viajes por carretera entre Francia y Turquía, todo estaba expuesto a un conjunto de condiciones cuya naturaleza y variabilidad estaban perfectamente justificadas por las anteriores, y cuya importancia se reflejaba directamente en las siguientes. Pongamos, por ejemplo, que el conductor utilizaba carreteras de peaje cercanas a la costa y que conducía por la noche. Pongamos que lleva poco equipaje en el coche y pocas ganas de conducir. Podría suceder, por ejemplo, que cinco días antes hubiera habido una gran tormenta en medio del Mediterráneo y que los vientos procedentes del continente africano hubieran empujado el aire húmedo y frío hacia el norte. En este caso, cada molécula de ese aire tendría su trayectoria definida irremediablemente, en función de su temperatura, de su densidad, de su posición respecto a las otras y respecto al resto de elementos del paisaje, por lo que al cabo de cierto número, también preestablecido, de segundos, se acercaría a los pueblos, montañas y carreteras del sur de Austria, y cierto número de estas moléculas tendrían la suerte de impactar contra el coche de nuestro conductor. Dependiendo del número de partículas que impactaran contra el coche, de su velocidad, de su trayectoria y del lugar del lateral del coche contra el que impactaran, la trayectoria de éste en la carretera se vería desviada en cierto porcentaje, el cual no sólo dependería de las partículas, sino de la masa del coche en ese momento, de su velocidad, de sus dimensiones, del índice de rozamiento entre los neumáticos y la carretera, y de la atención del conductor, su velocidad de reacción y de la maniobrabilidad del coche.

Y en función de esa desviación del coche, de porcentaje perfectamente preestablecido, se podría predecir si el coche se saldría de la carretera por un golpe de viento, o sucedería más tarde, después de unos días, en función de la pendiente de las carreteras cercanas a los montes del Kurdistán, y demás factores para cada lugar y momento.

Desde los primeros años de adolescencia, la obsesión del señorito Bogdanov había comenzado a convertirse en un verdadero problema, más serio a medida que se hacía mayor. Cuando uno pasa de aplicar esta extraña teoría a los coches y las tazas a aplicarla a los sentimientos de las personas, a sus acciones y, en definitiva, a explicar y a predecir los

contenidos psicológicos, y por tanto químicos, de cada acción, se acaba entendiendo que las personas, por esa regla de tres, ya no tenemos ni si quiera voluntad, pues todo nuestro pensamiento está condicionado por los anteriores, por nuestras influencias externas e internas, y por tanto, no podemos esperar nada del azar, absolutamente nada. No hay lugar para el azar, ni para la suerte. Eso que todos llamaban suerte, para el señorito no era más que una coincidencia bastante frecuente entre el pensamiento y los hechos, por lo cual a cierta persona se le ocurre que las cosas podrían ser de otra manera, y cuando son como realmente estaban predestinadas a ser, dicha persona se sorprende y recurre a pensar que este desfase de versiones ha sido fruto del azar, o del destino, o de dios, y no andará realmente equivocada, pues la debilidad de cada pensamiento también se puede medir, justificar y predecir.

Tal era la obcecación por esto, que a veces asustaba a la gente cuando decía cosas como *esa silla se va a romper*, *Mariela no te va a perdonar*, *Mañana no querrás ir al trabajo* o *me llamarás a partir de las siete*. A veces la predicción era obvia, otras veces se parecía más a una caprichosa invención, pero siempre, y absolutamente siempre, se cumplía. La gente no quería pasar tiempo a su lado. Solamente le utilizaban cuando alguien necesitaba saber algo y no acertaba a adivinarlo por sí mismo, cuando necesitaban algún tipo de pre-solución que calmara su pensamiento. Incluso de eso se podían hacer predicciones. En su grupo de personas más cercanas, Bogdanov se había convertido en el gurú de la predicción, pero no basada en cartas astrales ni paranoias extrañas, sino en pura ciencia y psicología, adaptadas milimétricamente a las expectativas de cada persona que se relacionaba con él.

Pero a pesar de todo esto, él tampoco era perfecto. No tenía capacidad para analizar todos los factores condicionantes de algo que pudiera suceder, ni tenía tiempo, ni ganas. Demasiada frustración acumulada como para hacer más esfuerzos en algo que sabía que no merecería la pena; siempre lo había sabido. No conseguía explicarse por qué la gente seguía cometiendo errores, con lo fácil que era, al menos desde su punto de vista, analizar los precedentes de una decisión y sus posibles consecuencias, eligiendo después la más probable y tomando más tarde el tipo de decisión cuya libertad, en realidad, nunca habría existido a la hora de tomarla, ya que, según defendía la teoría, incluso las decisiones que tomamos están tan exponencialmente predeterminadas que ni si quiera nos podemos considerar libres de tomarlas. Por esta única razón es por lo que la vida había dejado de tener sentido para el señorito Bogdanov; había descubierto que todo lo que hacemos y todo lo que nos sucede no es más que un eslabón más de la cadena de la que formamos parte; un

eslabón que no hemos puesto y que no podemos quitar, un eslabón en el que nadie se fijará y del que nadie se acordará, porque el resto de eslabones así lo condicionan. La vida no tenía sentido porque, a ojos de alguien que analiza absolutamente todos los factores de lo que está por venir, nada se puede dejar al azar, pues incluso el hecho de no decidir algo ya representa una decisión, ya representa una acción, una postura, y por tanto, un factor que, de ser eliminado, dejaría su lugar a otros factores que nunca tardan en aparecer. Somos un cúmulo de resultados diarios de lo que no podemos controlar, y al mismo tiempo, somos un cúmulo de factores diarios para aquello sobre lo que no tenemos poder consciente.

En cierto modo, para alguien que pensase de esta manera, la cosa podría ser de consuelo para las malas acciones, o al menos para explicar aquello que no nos gusta. Con la teoría de la predestinación física se podría justificar un asesinato, un robo, incluso una violación; y de la misma forma, se podría justificar el castigo, así como los juicios sobre su efectividad o la falta de ella, dependiendo de la opinión de cada parte respecto a la resolución de un caso de tal envergadura.

De cualquier forma, dependiendo de la naturaleza de las interacciones sinápticas del cerebro de cada persona en cada momento, se podría ver esta teoría como un consuelo o como un tormento interminable, tal como el que había últimamente dentro de la cabeza del señorito Bogdanov, que pensando en esto no encontraba paraguas para refugiarse de una tormenta que él mismo había provocado, o mejor dicho, que el conjunto de sus circunstancias le había obligado a provocar irremediablemente; y lo que más le frustraba era que, de esta tormenta, podía medirlo todo, excepto la temperatura.

Aquí hay sitio para los átomos, pero no para el azar.